



El Arzobispo Metropolitano de Buenos Aires Iosif

HOMILIA DOMINICAL

Domingo del Ciego

por el Arzobispo Iosif de Buenos Aires

*Σὺ πιστεύεις εἰς τὸν Υἱὸν τοῦ Θεοῦ;
“¿Tú crees en el Hijo del hombre?”*

Hoy la Iglesia celebra el milagro de la curación del ciego de nacimiento. Si el elemento simbólico de la perícopa del Domingo anterior fue el agua, ahora se suma la luz¹ - *“Tenemos que trabajar en las obras del que me ha enviado mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo.”* Jesús hace barro con su saliva y unta los ojos del enfermo con este barro, evocando de manera directa la acción creadora del hombre presente en el relato del Génesis (2:7). El gesto es ineludible, ya que a través de éste Jesús se revela, se da a conocer y en ese proceso de revelación, se produce la **re-creación** de la naturaleza caída y corrupta.

¿Quién pecó, él o sus padres para provocar la enfermedad? La pregunta es irónica y capciosa a la vez, ya que el ciego es de nacimiento. Evidentemente no podría haber pecado él. Aún así el Señor responde: *“ni él ni sus padres, sino que la enfermedad existe para que se revelen las obras –la gloria- de Dios a través de él”*. En este caso la enfermedad no es una consecuencia del fracaso del hombre –del llamado *pecado*–, sino una situación –negativa, claro- que Dios **permite** para un bien mayor. ¿Cuál? La revelación de Dios **en** esta persona –y su consecuente salvación- y **a través** de éste, para que muchos otros crean y se salven. La *curación-salvación* del ciego no es solamente para sí mismo, sino para muchos otros que han de creer por este evento, en aquel día y hora.

La luz sensible y que puede percibirse con el sentido de la visión simboliza la luz supra-racional que puede percibirse con los sentidos del alma cuando ésta está purificada. La acción curativa-milagrosa que cumple el Cristo con la vista sensible del ciego **anagógicamente** se refiere a la del alma: es por ello que al fin de la perícopa evangélica la acción se completa con la **confesión de fe** del ciego: *“¿Tú crees en el Hijo del hombre?” Él respondió: “¿Y quién es, Señor, para que crea*

¹. Y también podríamos decir la tierra.

en él?” Jesús le dijo: “Le has visto; el que está hablando contigo, ése es”. Él entonces dijo: “Creo, Señor.” Y se postró ante Él.” De esta manera la acción que el Mesías cumple sobre el ciego no es solamente sobre su órgano enfermo, sino sobre toda su existencia: *“Al pasar nuestro Salvador, encontró a un ciego; escupió pues en tierra, hizo barro, le untó los ojos y le mandó lavarse en Siloé. Habiéndolo hecho, regresó viendo Tu luz, Oh Cristo.”* (Exaposteilarion de la fiesta) En este camino desde el lugar donde fue untado hasta Siloé el ciego va aún “tanteando”; a su regreso vuelve ya viendo normalmente; y cuando se encuentra con el que lo curó, ve directamente a Dios.

En este caso **ver = creer**, y viceversa. Sigue el interrogante: *¿era necesario tremendo sufrimiento para aquel hombre para que se manifiesten las obras de Dios?* Evidentemente no, Dios no tiene necesidad del sufrimiento humano para darse a conocer, ya que constantemente se está revelando de infinitas maneras y sus obras son manifiestas maravillosamente. Si así fuera, tendríamos que estar tratando con un ser al menos cruel y sádico. Pero Dios es misericordioso y filántropo. Dios **permite** la ceguera –el sufrimiento–, no para que a través de ésta se de a conocer su identidad divina ¡no! sino para que, tanto el ciego en cuestión así como muchos otros “ciegos”, puedan curarse y salvarse, *viéndolo –creyendo– en Él.*

El sufrimiento del ciego, como el de cada hombre –a todo nivel–, ya sea creado por el mismo o *permitido* por la transigencia divina no es algo que Dios –paradójicamente– quiera o desee en su primigenia voluntad para ningún ser u hombre. Esto es claro. El hombre no fue creado para sufrir y estar constantemente penando su destino de ser hombre, su existencia. El hombre fue creado para la bienaventuranza divina, para disfrutar de ser hombre en libertad y plenitud, es decir **siendo-en-relación** con Dios, su prójimo y todo el Cosmos. Los males y las penurias surgen cuando la humanidad toda quiere comprender u sentir la felicidad como un estado autónomo de Dios. Y esto no es una cuestión solamente individual, es colectiva, ya que las acciones de cada uno de nosotros desde las más sublimes hasta las más oscuras, desde las más evidentes hasta las más ocultas, desde el pensamiento, la emoción, la intención, y la praxis misma impactan en todos los seres desde el principio de esta creación hasta su fin. El único **catalizador existencial** es el Cristo: si Dios permite o transige el sufrimiento del hombre es porque Él mismo lo asumió y lo convirtió en *oportunidad* para que su gloria se manifieste y re-cree, justifique, y perfeccione.

El mal no es una especie ontológica con una determinada hipóstasis que se opone a Dios. Dios hizo todas las cosas *“muy bien”*; el origen del sufrimiento del hombre radica en la negación y la indiferencia hacia Dios, lo cual tiene impacto directo en su naturaleza y en la cadena natural que se reproduce por generaciones. Por ello dije anteriormente que no es un problema individual, es un problema de la humanidad, entonces y ahora. Por eso hablamos del pecado de nuestros antepasados.

Pero Cristo ya redimió ese pecado adámico. Cristo es el nuevo Adán; la redención ya fue consumada; la muerte vencida; el pecado anulado; el Hades clausurado: entonces; entonces me pregunto *¿por qué tanto sufrimiento, tanta*

enfermedad, tanta barbarie, tanta muerte hasta el día de hoy? ¿Por qué todo está aún peor que antes? ¿Por qué falla el plan divino?

Es que ***¿Fracasó Dios?***

Es que me revela el sufrimiento del hombre a todo nivel y me da impotencia no poder subsanarlo, calmarlo, finiquitarlo. ¿Seré tan ingenuo al tener este revuelo emocional-intelectual que muchas veces ahonda mi alma? Pero me revelan también mis dolores personales y la imposibilidad de poder alguna vez serenarlos. Y estos interrogantes seguramente aún más dolor me causan.

Pero siento la voz del Altísimo que me increpa: *¡Ajústate el cinturón como un guerrero: yo te preguntaré, y tú me instruirás! (Job 38:3)*

¿Qué responder a tal desafío?

Y me uno a la voz de Job, diciéndole:

“Yo sé que tú lo puedes todo y que ningún proyecto es irrealizable para ti. Sí, yo hablaba sin entender, de maravillas que me sobrepasan y que ignoro. «Escucha, déjame hablar; yo te interrogaré y tú me instruirás». Yo te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto, y me arrepiento en el polvo y la ceniza.”

Job. 42:2-5

Y con el ciego clamor:

“¡Creo, Señor!”

**¡CRISTO RESUCITO!
¡VERDADERAMENTE RESUCITO!**